

CAPITULO X.

EL MONASTERIO.

I.

Los reverendos padres misioneros se apoderaron de la hija de Treviño, y con la mayor precaucion la condujeron á una de las casucas que están á la entrada de San Miguel el Grande.

Luego que la jóven se encontró sola con los frailes, un terror pánico se apoderó de la desgraciada.

—Nada temais, señora, dijo uno de los misioneros.

—¿Qué quereis de mí?

—Una confesion explícita.

—Hablad por compasion.

—¿Vos habeis estado en un convento?

Rosalía guardaba silencio.

—Responded bajo la pena de excomunion mayor.

—Compasion!

—Hablad.

—Tened piedad de mí! exclamó la jóven poniéndose de rodillas.

—Responded, ó formulamos el anatema.

—Es cierto, padre mio.

—¿Donde profesásteis?

—No llegué jamas á pronunciar votos.

—Luego estuvísteis en noviciado?

—Sí, padre.

—¿Y en cual convento?

—En el de la Enseñanza.

—Es la misma, dijo el otro misionero.

—¿Con quién huísteis del convento?

—Con el capitan don Félix de Quintanar.

—Vuestro amante?

—No, mi esposo, dijo con dignidad la hija del portugués.

—Vuestro esposo?

—Sí, por la Iglesia.

—Decid donde se celebró ese matrimonio, para buscar en los registros?

—Dios mio! exclamó la jóven, eso es imposible.

—¿Por qué?

—Señor, nos hemos casado ocultando nuestros nombres.

—Desgraciada! Preparaos á salir al amanecer.

—¿Y mi hijo?

—Ya lo sabreis mas tarde, por ahora haced lo que se os previene. Antes, decidnos donde se encuentra el capitan?

—Ya he dicho mas de lo que debia, no me podreis nunca obligar á una denuncia.

—Bien, ya lo hareis mas tarde.

Los frailes volvieron hácia donde los esperaba la jente, predicaron el último sermon, clavaron la cruz, y á la mañana siguiente se pusieron en marcha llevándose consigo á la esposa de don Félix.

II.

Al anochecer de ese mismo día entró la cabalgata eclesiástica en la muy noble ciudad de Querétaro.

Detúvose á la puerta de Santa Clara, el convento de la aristocracia, que ha servido tantos años de asilo á la desgracia, de cárcel á la juventud y de tumba á las esperanzas.

—Decid á la madre abadesa que necesito hablarle, dijo uno de los misioneros á la madre portera.

—Voy á avisarle á su reverencia, con permiso de su paternidad, respondió con voz gangosa la monja.

—Que no tardeis.

—Figúrese su paternidad que soy la monja mas activa de todo el convento, razon por la cual las reverendas madres definidoras me han colocado en este puesto, que tanto cuadra á mi carácter é inclinaciones.

—Bien, avisad.

—Sí, reverendo padre, calculad que hace siete años desempeño este empleo, ¡y que cosas he visto! Cuando su señoría ilustrísima el señor obispo Abad y Queipo estuvo de paso por la ciudad, aquí, en el mismo sitio en que estais, se paró su señoría; ¡y que guapo es! tan gordito y rozagante! vamos, que yo no le habia conocido.

—Tenga su reverencia la bondad de avisar á la superiora.

—Eso es, eso es, esas fueron las palabras del gran prelado: "que tenga su reverencia la bondad de avisar á la superiora," parece que lo estoy oyendo. Yo por supuesto que no sabia de que se trataba.

—Otra vez seguireis contando la historia.

—Os parece historia, reverendo padre? teneis razon, el señor obispo insistia como vos; pero yo firme en hacerle multitud de

preguntas; porque eso sí, de que viene persona de fuera, le hago que me cuente todo lo que ha visto.

—Bien, avisad.

—Sois tan impaciente como su señoría ilustrísima; pues señor, el prelado tuvo que confesarme que era el obispo, y cómo me reia yo despues con las novicias, ¿no es cierto, sor Refugio?

—Sí, madrecita, respondió una monja de ojos negros, cuyas miradas se le escapaban al soslayo bajo sus rizadas pestañas.

—Ved, madre portera, que estamos de prisa y van á sonar las oraciones, hora en que debeis cerrar la portería.

—Acabadme de escuchar: su señoría ilustrísima el obispo me cobró una gran simpatía; porque el prelado es una persona que aprecia mucho la reserva y economía de palabras.

—El señor obispo daba en el clavo.

—¿En el clavo? que gracioso es su paternidad, yo les contaré á las monjitas eso que dice con tanta gracia su paternidad, de dar en el clavo.

—Vamos, madre portera, ya me estais impacientando, os mando que aviseis á la superiora.

—Así me dijo su señoría ilustrísima al fin de nuestra conversacion.

—Pues su señoría estaria aburrido como nosotros de estar oyendo tanta impertinencia.

—Eso es otra cosa, no creia haberos disgustado, y os ruego me disculpeis; el año pasado me sucedió un lance semejante; pero os aseguro que me porté como----

—Sor Refugio, dijo el misionero dirigiéndose á la monja, avisad vos á la madre superiora que los padres de las misiones la necesitan urgentemente.

Sor Refugio salió de la portería en direccion al cuarto de la abadesa.

—¿Por qué no dijisteis eso mismo desde el principio?---- vamos, reverendo padre, que vos teneis la culpa: á saber yo quien érais, hubiera avisado desde luego; pero todo está arregla-

do, Sor Refugio ha ido en mi lugar y pronto bajará la madre á contestar con su paternidad.

III.

Los misioneros se alejaron de la puerta huyendo de la charla majadera de la monja.

—¡Qué mujeres! ¡qué mujeres!

—Siempre las mismas, cabe el sayal ó la mantilla.

—Teneis razon, pero hay algunas verdaderamente insufribles; no deja de ser ocurrencia poner á esa taravilla en este lugar, nos ha detenido una hora contando simplezas.

—Y si le damos hilo es cuento de nunca acabar.

—Segun parece, es la aburricon de cuantos tienen la desgracia de oirla.

—Buena torta le ha dado al obispo.

—No se le ha de olvidar por mucho tiempo.

—Ya lo creo.

—Inventar que yo era jocosos! vamos, que es la primera persona que se permite decírmelo.

—Es un positivo descubrimiento.

—Donde la abadesa sea de la misma cuerda, quedamos divertidos.

—Os aseguro que como esta monja no hay dos en todo el convento.

—Ella asegura que por su reserva y silencio le han dado el puesto que ocupa.

—No lo creais, porque todo el monasterio seria una gran caja de cascabeles.

—Ha llegado la superiora.

—Dios nos saque con bien.

—¡Tenemos el honor de hablar con la madre abadesa del convento de santa Clara?

La monja inclinó la cabeza.

—Bien, un asunto de gravedad y sobre todo de conciencia, nos obliga á pedirnos un momento para hablar reservadamente.

La monja se volvió á inclinar.

—Si os parece, podeis mandar retirar á la portera.

La monja hizo una jenuflexion volviéndose á la monja taravilla, y le hizo seña de que despejase.

—Parece que estamos enteramente solos.

La monja se volvió á todas partes y luego volvió á hacer su inclinacion de cabeza.

—Vamos, pensó el fraile, he dado con el extremo contrario.

—Ha de saber vuestra reverencia, que una novicia de la Enseñanza de México huyó del convento.

—¡Oh!

—Y no es esa sola la culpa.

—¡Eh?

—Esa desgraciada fué seducida.

—Ay!

—Como lo oís, seducida por un calavera, capitan de guardias.

—Huy!

—Ese atrevido se permitió profanar el recinto sagrado.

—Hum!

—Y se extrajo del asilo de Dios á la novicia.

—Emmm!

—Ya veis que esto es un escándalo del cual debe darse conocimiento al Santo Oficio.

—Pues!

—Pero aun no es tiempo, porque al trascenderse en el público, el capitan puede tomar las de Villadiego y toda averiguacion será infructuosa.

—Ya!

—Necesitamos proceder á un aseguramiento precautorio.

—Ps!

—Aseguramiento confiado á vuestro celo religioso.

—Eh?

—Vuestra mision es muy alta, estais al frente de la casa de Dios y debéis cuidar de las ovejas que os están encomendadas.

—Yo?

—Precisamente, y os suplicamos que destineis una celda para la guarda de la profesa; ¿qué respondeis?

La monja guardó silencio.

—Esperamos vuestra respuesta.

La monja guardó el mismo silencio.

—Esto es para desesperarse! pensaban los misioneros.

—¿No quieren tomar algun refresco sus paternidades?

—Esta ya es burla! murmuró el fraile.

—Señora, no ha comprendido vuestra reverencia de lo que se trata.

—Ya, es un friolera, ¿ó preferís agua de rosa con azucarillo?

—Esta madre está loca!

—Entéreme vuestra paternidad bien de todo porque soy algo sorda.

—Por santa Bárbara que hemos perdido el tiempo miserablemente!

—Soy de opinion que nos marchemos.

—Haré el último esfuerzo.

El misionero se puso al oido de la abadesa y emprendió por segunda vez la conversacion.

Las monjas regularmente son crueles; arrancadas del hogar en la edad mas tierna de la vida, rompiendo los resortes mas armónicos del corazon como son los de la familia, el alma se concentra en el egoismo, y acaba por volverse contra la sociedad entera.

Velando siempre el corazon bajo la capa de una hipocresía forzada, porque en aquellos lugares que felizmente son ya un recuerdo histórico, la franqueza era un crimen, en aquellos

asilos tenia que disfrazarse *hasta* la voz, la mirada, la actitud, todo, hasta ponerse en un molde particular inventado por el refinamiento ascético de la edad media.

En el aislamiento y silencio del claustro, en el combate perpetuo de las pasiones, en la tiranía del alma y el encadenamiento del cuerpo, la luz resplandeciente del espíritu se apagaba, y todos los seres aparecian como verdugos ó como enemigos; de aquí los odios hasta la muerte, el histérico, la desesperacion.... el suicidio!

La abadesa de santa Clara era un tipo vulgar de monja, es decir, cruel y egoista, así es que al oir que se trataba de tiranizar á un semejante su corazon convergió hácia el lado de su instinto.

—Tengo una celda donde pongo á las sentenciadas, es una prision solitaria en el lugar mas apartado del edificio, solo se comunica por un torno pequeño y la incomunicacion es completa.

—Así se necesita.

—Traed á esa desgraciada, traedla, ya las monjas están en coro y no podrán verla, con excepcion de sor Refugio que es mi secretaria y la de todas mis confianzas.

—Está bien, os encargamos que la portera no se entere, porque habla sin cesar y creemos muy poco seguro el secreto.

—Bien, afortunadamente ha ido al refectorio, le he dado licencia de anticipar su colacion.

Los frailes salieron á la calle, se acercaron al coche é hicieron bajar á Rosalía.

La abadesa *tosió* y al momento entró sor Refugio.

—Hija mia, queridita mia, dijo la monja, nos van á traer á una novicia escapada de la Enseñanza de México, vos sola sabeis esto y cuidado con decirlo á nadie; la vamos á poner en el *apartado*.

—Ya he oido todo.

—Os prohibo que *escucheis*.

Es regla del convento, ninguna religiosa puede hablar con alguién sin tener una *escucha*.

—Sois muy sabidilla y por eso os quiero.

Los misioneros condujeron á la hija de Treviño á la portería.

—Quedais en este convento, hasta nueva orden.

Rosalía sollozaba terriblemente.

—Nos veremos, reverenda madre.

—Cuando guste su paternidad.

Los frailes salieron dejando á la infeliz jóven en aquel nido de palomas, bajo la vigilancia de un gavilan.

IV.

—Pase la condenada, dijo la abadesa; y vos, sor Refugio, llevadla adonde os he dicho.

La jóven se arrojó á los pies de la monja, llorando de desesperacion.

Rosalía estaba en la mitad de la vida, en el zenit de la belleza y del encanto, cuando la mujer se encuentra en la plenitud de su desarrollo.

La abadesa fijó sus miradas indagadoras en el semblante de la hija de Treviño y le pareció sumamente hermosa.

La belleza física determina siempre en favor de quien la posee.

—Alzaos, joven, alzaos, aquí estareis á nuestro cuidado: sor Refugio, que pase primero á nuestra habitacion, la oiremos y despues se verá la determinacion que se toma.

Sor Refugio, acostumbrada á ver que una nueva simpatía quitaba de la privanza de la abadesa á la monja mas predilecta, se sintió ofendida y temerosa.

—Ved, madre abadesa, que eso es contravenir las órdenes que habeis recibido de los reverendos padres.

—No os importa, haced lo que mando.

—Caí de su gracia, pensó sor Refugio, y sin replicar llevó á Rosalía á la celda de la superiora.

V.

El convento de Santa Clara estaba en un silencio tenebroso, el aire azotaba los faroles de los corredores, cuya luz vacilaba á los golpes del viento.

La esposa del capitan don Félix esperaba en la celda á la superiora, que despues de recorrer los dormitorios se entró en su aposento.

—Habeis descansado, hija mia?

—El dolor que hay en mi alma no me ha permitido un momento de reposo.

—Ya os ireis tranquilizando: contadme vuestras desgracias, me intereso por vos, en presencia de los misioneros he tenido que aparentar un génio cruel del que estoy muy distante.

Rosalía refirió sus infortunios á la abadesa de Santa Clara, que sintió algo de conmocion al escuchar un tan verídico y triste relato.

—Me habeis contado, hija mia, una historia anónima, habiendo tenido cuidado de ocultar los nombres; aun no sé quién sois ni como os llamais.

—Me llamo Rosalía Treviño.

—Treviño! exclamó la abadesa, ¿sois hija del portugues á quien dieron tormento en la Inquisicion?

—Dios mio!..... Dios mio!..... gritó la jóven, mi padre en el tormento!.....

—Sosegaos, yo creia que eso estuviese á vuestro alcance.

—Yo no sabia esa infamia!

—Callad!

- Padre mio! padre de mi alma!
- Volved á vuestro juicio, esto hace algunos años.
- Pero si es increíble tanta maldad!
- Vos ignorais un lance que pasó en aquella hora: vuestro padre no se llama Manuel Treviño, es Alvaro Núñez de Clavijero, hermano del inquisidor.
- Eterno Dios!---- ese mónstruo no tiene la sangre de mi padre!
- Los juicios de Dios!
- Decidme por compasion si sabeis algo de él, decidme si existe.
- Lo ignoro, he sabido todo lo que os he dicho y no me he aventurado.
- Ese miserable debe estar apurando la hiel de su abominable crimen, digno castigo á sus maldades.
- El señor inquisidor se ha retirado al convento de Carmelitas.
- En el silencio de su celda verá la sombra de su hermano sacrificado impiamente á sus ambiciones; porque sabedlo, señora, mi padre era inmensamente rico, y sus tesoros le han abierto las puertas del Santo Oficio.
- Callad! no sabeis que las paredes oyen?
- La jóven enmudeció repentinamente; porque á las palabras de la abadesa pareció responder el eco de unos pasos que se alejaban á lo largo del corredor.
- Somos perdidas, dijo la abadesa, nos han escuchado, entrad en ese aposento.
- Rosalía, asustada, penetró en la estancia y se arrojó en el lecho llena de desesperacion.
- La abadesa tomó asiento en un sillón próximo á la mesa y esperó la llegada de una persona.
- Habia pasado media hora, cuando entró en el aposento fray Angel de la Divina Infantita.

- Cruzóse el fraile de brazos ante la abadesa, y le dijo en tono de reconvencion.
- Así os portais, señora, cuando el Santo Oficio hace tanta confianza de vos?
- En nada he delinquido.
- Habeis revelado el secreto de los hermanos Núñez de Clavijero.
- Fué en un acto de irreflexion.
- Qué esperais de esa mujer?
- Nada.
- Entonces?
- No lo sé.
- Pues bien, tras la huella de Rosalía, hace catorce años anda la Inquisicion, y súbitamente me la encuentro en este lugar.
- Yo ignoraba ----
- Sí, porque vos no podeis estar al tanto de los negocios de la casa.
- Es verdad.
- Pues bien, necesito que me entregueis á esa mujer.
- La abadesa no respondió.
- No me habeis oido?
- Perfectamente; pero esa criatura no está á mi disposicion, está en depósito solamente.
- Lo sé; pero la Inquisicion está sobre toda autoridad y yo os la reclamo en su nombre.
- Necesito una órden por escrito.
- No es necesaria, firmaré yo mismo la órden.
- Creo no se extienden á tanto vuestras facultades.
- Me desafiáis?
- No, señor.
- Pues entregadme á la hija de Alvaro de Clavijero.
- Perdonad, pero ----
- Yo os conjuro á ----

Tres golpes sonaron sobre la puerta de la celda.

—Dejad que me oculte.

—Que sea pronto.

El fraile se puso tras la mampara de la pieza interior.

—Qué se ofrece, sor Refugio?

—Señora, el sacristan avisa que un alguacil de la ciudad acompañado de una dama, llaman á la portería del convento.

—Bajad y preguntadles qué se ofrece, advirtiendo que es contra nuestra regla recibir á nadie á estas horas tan avanzadas.

Sor Refugio atraída por la curiosidad, bajó precipitadamente las escaleras y se presentó en la portería.

—Qué se ofrece?

—Abrid en nombre del rey.

—Esa es persona muy respetable; pero quién sois?

—Un alguacil de la ciudad.

—Sea en buen hora.

Sor Refugio entornó la puerta.

—Necesito hablar con la abadesa: decidla que la condesa del Milagro la necesita.

—Hola, una condesa! murmuró la monja.

—Aguardad un momento, añadió en voz alta.

—Está bien.

Sor Refugio volvió á la celda de la superiora.

—Señora! señora! la condesa del Milagro os espera.

—Se trata de una condesa, eh? pues al momento.

Rosalía al escuchar el nombre de su protectora, salió en pos de las monjas sin que estas lo notaran, mientras fray Angel quedaba secuestrado en la celda de la abadesa, donde habia entrado por orden del Santo Oficio.

VI.

—Qué manda la señora condesa?

—Sois la superiora?

—A las órdenes de la señora condesa.

—Os traigo una orden del señor corregidor.

—Está bien, señora condesa.

—Aquí la teneis.

—Con vuestro permiso, señora condesa.

La superiora leyó para sí: "La abadesa del convento de las Claras de Querétaro, mantendrá en depósito á una jóven que ha sido traída por los misioneros y confiada á su cuidado; no permitiendo á ninguna autoridad disponga de la señora doña Rosalía Treviño, teniendo solamente permiso para hablarla la señora condesa del Milagro."

—Serán acatadas las órdenes del señor corregidor, señora condesa.

—Señora! señora! exclamó Rosalía, arrojándose en los brazos de doña María; os vuelvo á ver despues de tantos años!

—Hola! conque se habia deslizado! dijo por lo bajo la abadesa; es necesario mucho cuidado; ya se ha huido de un convento y temo que consume desercion la hora ménos pensada.

—Sosegaos, dijo doña María, muy pronto estareis en vuestra casa.

—Yo lo espero todo de vos.

—Estad tranquila, no pasarán muchos dias.

Fray Angel de la Divina Infantita se fastidió de estar solo y bajó á espiar lo que pasaba en la portería.

Fijóse en el semblante de la condesa, y dió un grito de espanto; habia reconocido á la madre Paulina.